

José Diguja

Funcionario español y coronel de los ejércitos realistas, nacido en la villa de Benavente, en Castilla la Vieja.

La primera vez que vino a América fue por el año 1740, y luego de haber regresado dos veces más, en 1749 acompañó a la familia del virrey Alonso Pizarro y se radicó en la ciudad de Bogotá.

«De cuarenta años de edad y soltero, este español había recorrido casi toda la América del sur, desempeñando como marino y como militar, importantes comisiones del gobierno, y se hallaba adornado de cualidades morales sobresalientes...»

(Eduardo Muñoz Borrero.- Entonces Fuimos España, p. 569).

El 5 de mayo de 1764 le fue concedida la Cédula por medio de la cual se lo nombraba Presidente de la [Real Audiencia de Quito](#), cargo del cual se posesionó tres años después, el 8 de julio de 1767.

Habían transcurrido solamente tres semanas desde que asumiera dicho cargo, cuando, a través del Virrey de Bogotá, recibió un oficio y una Cédula Real de Carlos III por medio de los cuales se le ordenaba que todos los jesuitas que existieran en Quito y en todos los demás lugares sujetos a la audiencia, fueran hechos prisioneros y luego expulsados irremisiblemente de los dominios de España en América.

En la madrugada del 20 de agosto de 1767, cumplió la orden con grandes consideraciones y miramientos, procurando en todo lo posible suavizar y hacer menos penosa la situación de los religiosos, a quienes brindó todas las facilidades, comodidades y pertrechos para su viaje.

Varios acontecimientos de gran trascendencia ocurrieron durante su mandato, y en todos ellos demostró el noble

espíritu y la benignidad que lo distinguió como uno de los mejores y más justos presidentes de la audiencia.

En 1771 tuvo que sofocar una sangrienta sublevación indígena iniciada en el pueblo de San Felipe, en las cercanías de Latacunga, y una vez que fueron capturados los cabecillas, en vez de ordenar su ejecución, como era la costumbre y lo indicaba la ley, los condenó a ser azotados y a trabajos forzados.

A pesar de haber tenido que cumplir con la expulsión de los jesuitas, sus relaciones con el clero y las órdenes religiosas fueron llevadas con gran armonía.

En el año 1778, al terminar su mandato regresó a España para vivir sus últimos días, pues ya tenía setenta años de edad.